



EDUARDO QUILES

EL SEÑOR DE LA NOCHE

Fantasia onírica de una evacuación

Minipieza teatral

«Entregóse, luego, a aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento e hija de la experiencia, la plausible historia, la que más deleita y la que más enseña.»

(B. GRACIAN)

Primavera de 1938.

Los cerezos están en flor. Un pájaro nocturno sobrevuela el campanario de la catedral, luego el ave mueve sus alas en dirección al antiguo palacio de los duques de Medinaceli y acaba planeando sobre la estación de ferrocarril envuelta en un caos de humo y ruido de aviones.

Bajo el estallido de las bombas silba un tren, que se detiene. De un vagón descendiendo un individuo de ojos fluorescentes, lazo de pajarita y con una guadaña en la mano.

VISITANTE.—¡Hum! Muchas bombas y poca mercancía humana para llevar... (Emite un silbido y del furgón de cola brinca una yegua blanca.) Traigo un tren vacío para... y nadie sale a recibirme... (Acaricia las orejas y testuz del animal.) Vamos, preciosa, echaremos un vistazo...

(Mientras el jinete va al paso por el interior de la Glorieta, llega de lejos, del claustro gótico de la catedral, el eco de un canto gregoriano.)

VISITANTE.—Hay mucho trasiego nocturno en la muy noble y antigua Segóbriga...

RIO PALANCIA.—El trasiego lo provocas tú con tu presencia...

(Aviones de guerra con gran estruendo rozan los tejados de las casas.)

VISITANTE.—¿Y esos aviones?

FUENTE DE LOS 50 CAÑOS.—Tienen sed de destrucción, y van a dejar Segorbe sin un alma...

VISITANTE.—Destruir es otra forma de crear la nada... Además, traigo un tren para llenarlo de clientes... Voy recorriendo esta piel de toro y siempre hallo mercancía...

(Dirige su montura por la calle Obispo Canubio.) Gracias a los aviones, en Guernica

hice un buen negocio... Sí, inundé mi tren de piltrafas humanas... (Agita su guadaña ante dos hombres, que, maleta en mano, andan con desasosiego.) ¡Eh, tú!, alfarero, ¿qué tal una partida de dominó en el casino?...

ALFARERO.—¿Cómo sabes mi oficio?

VISITANTE.—Lo sé, trabajas el barro, y tu amigo es un virtuoso haciendo bastones, ¿o no?

ALFARERO.—(Observándolo.)
Eres un tipo raro... (Pausa.) Además, son tiempos de guerra, no de fiestas patronales... La República se tambalea, señorito. (Pausa.) Mira hacia la Sierra Espadán, es un infierno... (Suspira.)

ALFARERO.—Y yo me voy a pie a Sagunto...

VISITANTE.—¿Y toda esa gente dónde va?

ALFARERO.—Unos a Moncada; otros a Cullera; muchos a Valencia... ¡Salud, miliciano!

VISITANTE.—¿Miliciano, yo? Ja. Ja. Ja. Mi guadaña no tiene credo... Por eso hago el agosto cuando la intolerancia da un golpe de mano y gobierna las acciones humanas. (Pausa.) ¡Esperad! No os vayáis...

FUENTE DE LA ESPERANZA.—Huyen de ti, de un cadáver vestido de etiqueta...

VISITANTE.—¿Quién me habla?

FUENTE DE LA ESPERANZA.—Mi agua es manantial de vida...

VISITANTE.—Nunca mojaría mis labios en tu líquido... (Pausa.) ¿Y ese rumor?

FUENTE DE LOS GALLOS.—Tu dialéctica es pura sequía, déjanos en paz.

RIO PALANCIA.—Déjanos, y se alejarán de nuestra ciudad los grandes males que tú arrastras...
(Ahora el caballo está inmóvil en la plaza de las Monjas, en tanto el jinete mira en torno suyo y monologa.)

VISITANTE.—Ya sé que en plena contienda civil... es poco creíble la muerte ética, pero aquí estoy, y no por capricho, sino por un error histórico...
(La yegua trota por el paseo de Sopeña, como atraída por los restos del antiguo castillo.)

VOZ I.—Detente.
(Se frena el animal y relincha.)

VISITANTE.—¿Quién habla? Aquí sólo hay sombras y más sombras...

SOMBRA I.—Abu Sa'id Abd Al-Rahmaun, rey de Valencia.

VISITANTE.—Yo trafico con humanos, no con momias, lárgate...

SOMBRA II.—Miente, él miente.

VISITANTE.—¿Y tú quién diablos eres?

SOMBRA II.—Abu-I Dynmail Zaiyan, quien lo echó del trono. Yo hubiera reinado largos años a no ser por Jaime I...

VISITANTE.—Cuánta incongruencia. Mueve los cascos y pisotea este terruño, caballito mio...

SOMBRA III.—Respeto el lugar, forastero.

VISITANTE.—¡Otro sombrero! Y con aspecto de turista...

SOMBRA III.—Hablas con el duque de Medinaceli, y no soy un sombrero, soy leyenda...

VISITANTE.—¡Diablos! No veo mortales fulminados por la metralla..., sino espectros...
¿Dónde estoy?

SOMBRA III.—Estás pisando una acrópolis ibérica, también un castro romano. Pisas la historia, forastero. Godos y romanos edificaron aquí un castillo, que los musulmanes adornaron con un alcázar... Incluso Felipe IV durmió en el castillo.

VISITANTE.—Ya lo dije: Vine a negociar con vidas rotas, fruto de vuestra guerra civil, no para que hablarais de restos arqueológicos... (Pausa.) Además, a mí en el fondo, aparte de jugar al billar con cráneos humanos, lo que me gusta es la pintura... (Expresión narcisita.) Inspiré obras maestras...

MUSEO CATEDRALICIO.—Pues si quieres echar un fugaz vistazo a mis lienzos...

VISITANTE.—Mi negocio no son las obras pictóricas, pero...

TORRE DE BOTXI.—Sube a tu tren y sal de nuestra ciudad.

TORRE DE LA CARCEL.—Sal, eres luto eterno, sal.

ACUEDUCTO.—Deja de trotar por nuestros rincones y plazas y déjanos prosperar...

VISITANTE.—(Retocándose la pajarita.)
Pero antes...
(El individuo de la guadaña se dirige a caballo al Museo. Descabalga. Pronto desfila ante una hilera de cuadros.)

VISITANTE.—¡Un Ribera!

RIBERA.—El arte, libera; la guerra fulmina la energía creadora. ¡Sal de Segorbe!

VISITANTE.—Jacomart...

JACOMART.—La vida es creatividad, excelencia. ¡Sal de Segorbe!

VISITANTE.—Ribalta...

RIBALTA.—Tu presencia me inspira un lienzo. Lo tendrás. Pero, ¡sal de Segorbe!

VISITANTE.—¿Y tú no dices nada?

JOAN DE JOANES.—Yo no te doy nada. ¡Sal de Segorbe!

OLEOS.—¡Sal!
(El visitante arruga el ceño y alza su guadaña como disponiéndose a destrozarse telas, aunque lo piensa, sonríe, extrae un *spray*. Entonces pita un tren en la lejanía.)

VISITANTE.—Agoté mi tiempo aquí...
(Sale del Museo Catedralicio, sube en su montura y se dirige a la estación del ferrocarril.)

ECO.—El gran negocio del hombre es la vida, ¡sal de Segorbe!
(El elegante sujeto, esboza un mohín de impotencia, espolea a la yegua que, de un salto, se cuela en el furgón de cola. El tren, bajo el pitido de la locomotora, se pone en marcha.)

ECO FINAL.—Vidaaaa... Vidaaaa...

OSCURIDAD